

á las armas cuando la corona traspasara la ley. Cuando el rey se ausentaba del país debía dejar en su puesto un palatino con facultades amplias. Los empleados habían de ser húngaros, y muchas leyes prohibían la presencia en el país de tropas extranjeras. Las administraciones locales eran enteramente independientes del gobierno del rey, y se hallaban en manos de la nobleza, que dominaba en los comitados ó distritos. El poder de la corona era insignificante, y á esta impotencia se agregaban las disputas religiosas entre católicos y protestantes, que tocante á número eran casi iguales; pero cada noble tenía el derecho de adoptar con sus súbditos la religión que mejor le pluguiera. En esto consistía el *ius reformandi*, que originó muchos disgustos é inutilizó ó fué causa de disolución de muchos parlamentos. Finalmente para coronar una situación tan erizada de dificultades, el pensamiento constante de todos los soberanos de la casa de Habsburgo, era abolir la constitución y libertad religiosa de la Hungría. Esto en cuanto al estado interior; en el exterior acechaban los turcos y transilvanos todas las ocasiones favorables para aumentar la anarquía y explotarla en su provecho.

Este estado anárquico llegó á su colmo cuando Jorge II Rakoczy, depuesto por el sultán por haber declarado la guerra á Polonia sin su consentimiento, rompió las hostilidades contra la Turquía en 1658. En esta lucha no pudo menos que tomar parte el emperador en 1663, con lo cual empeoró extraordinariamente su posición, porque al momento los húngaros protestantes, que con la nobleza baja formaban todavía la mayoría, se quejaron de la opresión religiosa que con ellos se ejercía, y todos los húngaros en masa reclamaron contra la presencia en su país de tropas alemanas. Los Estados ó sea la cámara baja se negaron á dar subsidios cabalmente cuando el gran Visir Ajmet Keprili estaba invadiendo la Hungría á la cabeza de 120,000 hombres y extendiéndose hasta la Moravia. Su objeto era someter definitivamente al dominio de la Puerta la Transilvania y arrancar nuevos territorios á la Hungría imperial. Por fortuna el peligro no amenazaba solo al Austria sino también á toda la cristiandad. Esta se conmovió y envió auxilios, gracias á los cuales el general imperial Montecuculi pudo derrotar al enemigo mucho más numeroso cerca de San Gotardo en agosto de 1664: batalla memorable porque fué la primera victoria importante que las huestes cristianas alcanzaron sobre las turcas que hasta entonces se habían creído invencibles.

Con esta victoria se reanimaron las tropas alemanas; pero no tuvo otras consecuencias políticas; el emperador no se sintió con fuerzas para aprovechar la victoria y pocos días después concertó y firmó con los turcos la paz de Vasvar, por la cual les dejó á Neuhaeusl y Grossvardein, y reconoció y confirmó como príncipe ó gran duque de Transilvania á Apafy nombrado por los turcos á despecho del emperador.

Tan vergonzosa era esta paz, que suscitó en la Hungría austriaca una furiosa tempestad contra el emperador, tanto más cuanto la había hecho y firmado infringiendo los fueros de Hungría, es decir sin consultar á su parlamento. Los comitados de la Hungría alta protestaron en toda forma; por otro lado estaban los protestantes irridadísimos por la opresión que les hacían sufrir los empleados imperiales, por la protección á favor de la cual los jesuitas molestaban á todo el mundo con su afán de hacer prosélitos, y por la pérdida de las posesiones que se les habían arrebatado á la fuerza. Los católicos estaban descontentos también por la prolongada permanencia en el país de los soldados alemanes, que según todos solo estaban allí para quitar las libertades; y en efecto los ministros del emperador no ocultaban á nadie que era

menester proceder cuanto antes á su abolición. En tan críticas circunstancias reuniéronse diferentes magnates con el objeto de libertar á su país completamente del gobierno despótico de los Habsburgos, á saber: el palatino Veseleny, el magistrado superior (*Judex Curia*) Nadasdy, Zrinyi el ban ó príncipe de Croacia, el jóven príncipe Rakoczy y otros.

La conspiración fué descubierta y buscó en vano apoyo cerca de Apafy y de los turcos. Entonces Rakoczy, comprometido ya, echó mano á las armas, pero fué vencido y solo salvó la vida con una suma inmensa de dinero y una sumisión humillante. Nadasdy fué encerrado en un calabozo, y Zrinyi que se había retirado á una fortaleza fué sacado con engaño y puesto preso. Ambos fueron llevados con otros conjurados á Viena, donde sufrieron la pena capital en el año 1671.

Este golpe restableció la autoridad y el poder imperiales en Hungría elevándolos á un grado que nunca habían tenido, y como también Austria estaba en profunda paz con Turquía, pudiera haberse dedicado el emperador con toda energía á los asuntos occidentales tanto en el interés de su familia como en el de la independencia de toda la Europa, tan amenazada por la Francia, mucho más cuando cabalmente entonces recibió una advertencia muy seria. El caso era que Luis XIV, bajo el pretexto de que el duque de Lorena Carlos IV tenía tropas sobre las armas en contravención á los tratados, había hecho invadir sus dominios en agosto de 1670 y sin aviso previo por un ejército numeroso, conquistando el país, no prevenido, en un abrir y cerrar de ojos, haciendo prisionera á la duquesa en Nancy y por poco también á su esposo si no se salvara en precipitada huida. Fué aquel un acto brutal sin ejemplo, realizado en plena paz, y lo que peor era, precursor descarado de otros atentados, porque dueño ya de Lorena Luis XIV, separaba de los Países-Bajos españoles el ducado de Luxemburgo y el Franco-Condado, y llegaba hasta pocas leguas de las puertas de Tréveris y de Maguncia. Nadie dudaba que el emperador reclamaria con todas sus fuerzas contra acto semejante, pues que la Lorena formaba parte del imperio, con el cual la ligaban además antiguos tratados ofensivos y defensivos: pero se engañaron todos. Cuando el embajador imperial hizo sus tímidas reclamaciones sobre el particular al rey de Francia, se contentó éste con preguntarle bruscamente, si el emperador quería ser su amigo ó su enemigo; á lo cual nada contestó Leopoldo por boca de su representante. Otro de sus embajadores, acreditado cerca de la república holandesa en el Haya, el barón de Lisola (1), hijo del Franco-Condado, genio penetrante, enemigo mortal de los franceses y en general uno de los diplomáticos más notables é importantes de su época, habíase hecho centro de la propaganda contra Luis XIV, y pugnaba con todas sus fuerzas, aunque en vano, para impulsar á su soberano á una política más digna y decidida. Leopoldo estaba entonces enteramente bajo la influencia del príncipe Wenceslao de Lobkowitz, su ministro principal, que solo sabía aconsejar la cobardía á fin de evitar, costase lo que costase, una guerra con Francia. Gremonville, que seguía en Viena en calidad de embajador de Luis XIV, le amenazó en caso de guerra con publicar la anterior correspondencia traidora que había tenido con el gobierno francés, y con este temor hizo de él Gremonville todo lo que quiso. En 1.º de noviembre de 1671 firmó el emperador un convenio con el rey de Francia, en el cual se obligaba á no mezclarse en ninguna guerra fuera de Alema-

(1) Jul. Grossmann *Francisco de Lisola en el Haya*. Archivos para la historia de Austria LI Viena 1873, pág. 1-193.

nia y de España, ni de auxiliar militarmente á ninguna potencia atacada por Francia (1).

Tenia razón Lobkowitz en glorificarse en su correspondencia con Gremonville, de ser un servidor fiel del rey cristianísimo y de amarle y venerarle tanto como á su propio soberano, porque al hacer firmar á este último el mencionado convenio había hecho renunciar á su país al papel de gran potencia á favor del más peligroso de sus adversarios, y todo esto con perfecto conocimiento de causa y de sus consecuencias; porque luego se alabó él mismo de haber entregado á Luis XIV con este tratado las 17 provincias de los Países-Bajos, tanto las holandesas como las españolas. No hay que decir que el dinero y las promesas del gobierno francés trabajaron también á porfía y con buen éxito entre los príncipes de la antigua liga riniana. Allí podía contar la Francia con la amistad incondicional del elector de Colonia y con el soberano eclesiástico de Munster; los demás prometieron casi todos permanecer neutrales.

Todo esto fué obra de Lyonne. Jamás empresa alguna militar fué preparada diplomáticamente con mayor maestría ni miras tan extensas. El autor en otoño de 1671 murió después de consumir sus fuerzas tanto en el trabajo excesivo, como en su vida disoluta. Siguióle en el ministerio de negocios extranjeros Simon Arnaud, marqués de Pomponne, á la sazón embajador en Estocolmo, hombre recto y honrado á la par que diplomático instruido y habilísimo, que no tenía más que una falta á los ojos de su soberano, pero esta imperdonable: la de ser, á la vez que justo, nada inclinado á cometer acciones brutales, por cuya razón no tardó el rey en echarle en cara su «debilidad y negligencia.»

Continuó Pomponne como ministro las negociaciones que había entablado cuando embajador, es decir, las encaminadas á separar á la Suecia, como se había hecho con la Inglaterra, de la Triple Alianza, á fin de aislar á la Holanda y abrumarla bajo el peso de las fuerzas superiores francesas y de sus aliadas inglesas y alemanas.

El gran papel que la Suecia (2) había desempeñado en la guerra de Treinta Años, gracias al genio superior de Gustavo Adolfo, al talento eminente de los generales discípulos de aquel gran rey, y á la concurrencia de circunstancias favorables, había dado á este país, pobre de dinero y de habitantes, el aspecto é importancia de una potencia de primer orden, á pesar de los muchos gérmenes de debilidad que ocultaba en su interior. Uno de los principales era la separación absoluta de los cuatro brazos que formaban la población del país. Solo en algunos pocos distritos del Norte conservaba la población rural sus antiguas libertades suecas. La nobleza era muy rica; poseía la mayor parte de las propiedades de la corona; oprimía cruelmente á los aldeanos establecidos en sus dominios, con gabelas y prestaciones de servicios de toda clase, y se mantenía completamente separada de las demás clases de la población. La clase media de las ciudades vegetaba también en la miseria, sostenida artificialmente por gran número de monopolios y trabas increíbles que no dejaban medrar el comercio ni las industrias. El clero, que dependía enteramente de la corona y de la nobleza, era rudo é ignorante, como que la educación y finura eran en general cosas desconocidas en aquel país. Así vivía todo el pueblo en la escasez, mientras los nobles y los militares, enriquecidos con el botín que habían hecho en Alemania, gastaban el dinero en continuas fiestas y orgías.

(1) Adam Wolff, *El Príncipe Wenceslao Lobkowitz*. Viena 1869. Es esta obra un trabajo precioso, altamente instructivo é imparcial, que presenta al lector un cuadro tristísimo del Austria de entonces.

(2) Geiger. *Historia de Suecia*, tomo cuarto de Carlsson, Gotha 1855, y *Lundblad*, Carlos X Gustafs Historia, Estocolmo 1825 y 1829

El apoyo principal de la nobleza era el consejo del reino, compuesto exclusivamente de individuos de su seno, y sin cuyo asentimiento nada podía hacer el rey, siendo además durante su menor edad el único regente. Era aquella una oligarquía de la peor especie que solo se cuidaba, y esto con grandísimo celo, de los intereses de su clase. Durante la menor edad de la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, y por la constitución del año 1634, se habían aumentado considerablemente las atribuciones de este consejo, y lo que peor era, se había acordado que en lugar de los cuatro brazos antiguos, nobleza, clero, ciudadanos y labradores, formarían una comisión parlamentaria miembros de la alta nobleza y del alto clero, mientras no fuese absolutamente necesario reunir un parlamento completo. Desde entonces no hubo ya justicia ninguna para los dos brazos del pueblo, la gente de las ciudades y la del campo; y miles de la última clase emigraron.

Una vez más levantó á grande altura la gloria militar de Suecia su rey Carlos X Gustavo, en los años 1654 hasta 1660. Toda la Europa hablaba admirada de sus campañas aventureras, que se extendían hasta el corazón de Polonia y más allá hasta la frontera de Hungría y las fronteras de la Rusia, y de su marcha por el mar helado del pequeño Belt y del grande! Entonces, y en medio de tan estupendas y gloriosas empresas habría quedado aniquilada la Suecia y deshecha su grandeza artificial por la coalición formada contra ella, si no hubiese acudido á su auxilio la Francia procurándole con la paz de Oliva las ricas provincias danesas continentales de Halland, Vlekingen y Schonen; este fué el punto culminante de su gloria. La súbita muerte del rey pocos meses antes de firmarse la paz precipitó al país de nuevo en la confusión anexa á una regencia. Los ingresos del tesoro eran tan insignificantes, que no pasaban de 14 millones de pesetas anuales, y las deudas comparativamente colosales, pero en cambio se buscaba la alianza de la Suecia á causa de su excelente ejército. Esto lo sabían muy bien los señores del consejo parlamentario, que estaba á la vez encargado de la regencia, y así vendían la sangre del pueblo al que mejor la pagaba. Por eso entraron en la Triple Alianza porque ésta prometió un precio más elevado que la Francia, á pesar de lo que debía la Suecia al gobierno francés por sus buenos oficios; pero sucedió que el gobierno español no pudo, y la Holanda no quiso, seguir pagando al vacío tesoro sueco el subsidio anual convenido de 1'750,000 pesetas aproximadamente, y desde aquel momento volvieron á dirigir su vista á París estos *gascones septentrionales*, como los llamaba el embajador francés de la época diciendo: «que una vez cobrado un plazo, no piensan más que en saber cuándo vencerá el siguiente.» El gobierno francés aprovechó esta disposición para hacer grandísimas promesas, y para tranquilizar la susceptibilidad religiosa de la nación sueca, asegurando que nada estaba más lejos de la intención de Luis XIV que hacer la guerra al protestantismo aun en el caso de atacar á la Holanda; por supuesto se guardó silencio sobre las disposiciones de conversión católica del rey de Inglaterra y sobre la verdadera intención del de Francia. Los suecos se dejaron engañar y empezaron á ofrecer su neutralidad, por supuesto mediante una buena subvención; y á medida que se les ofreció mayor suma, mostráronse poco á poco dispuestos á tomar una parte activa en la guerra. Supieron los holandeses, y diéronse prisa á hacer ofrecimientos por su parte, y entonces empezó en Estocolmo una verdadera puja por obtener la alianza sueca hasta que al fin se adjudicó el remate á favor de la Francia como mejor postor y en atención á su mayor solidez y crédito, después de haberse informado bajo mano alternativamente al embaja-

dor francés y al holandés del ofrecimiento de su competidor. En abril del año 1672 firmóse el convenio por el cual se obligó la Suecia á atacar á cualquier potentado del imperio alemán que se pusiera del lado de la Holanda, y á reunir á este fin un ejército de 16,000 hombres en su territorio alemán, la Pomerania anterior, en premio de lo cual recibiría 600,000 talers (2'100,000 pesetas) que el rey cristianísimo pagaría cada año, y 400,000 talers (1'400,000 pesetas) anuales hasta el rompimiento de las hostilidades.

Este convenio se firmó cuando Luis XIV rompió las hostilidades contra las Provincias Unidas de Holanda, porque con la cooperacion de la Suecia, se completaron sus preparativos diplomáticos, como ya se habian completado los militares, pues á punto estaban 120,000 hombres para satisfacer el odio que el *gran rey* tenía á los displicentes y desecados republicanos.

Hasta aquí no habian querido ver los holandeses el peligro que les amenazaba; pero al fin no pudieron ya disimularse los gobernantes aristócratas la cruel verdad de que su buen amigo Luis les tenía mucho odio, y muy pronto se arrojaría sobre ellos. Este descubrimiento les consternó tanto á todos, incluso á De Witt, que ni valor les quedó para pensar en hacer resistencia, ni buscar aliados. Dejaron que el emperador les abandonara; cesaron de pagar á la Suecia los subsidios pactados; no quisieron por terquedad de partido complacer al rey de Inglaterra en dar á su sobrino Guillermo de Orange un cargo digno de su categoría en la república y trataron con frialdad esquivando sus ofertas al elector de Brandeburgo, que habia rechazado todos los ofrecimientos de alianza con la Francia. Ante todo creian indispensable no irritar á Luis XIV, en la esperanza de aplacar su ira con una sumision servil. El embajador neerlandés en la corte de Francia, De Groot, suplicó al rey con la mas vergonzosa y rastrera humildad en los primeros días del año 1672 que concediera la paz á su país diciendo: «Dígnese V. M. mandar que desarmemos y obedeceremos al instante, y este acto de obediencia realzará mas el lustre glorioso de V. M. que el número de soldados.» ¡A tanto habian llegado los nietos de los célebres *desarrapados (gueux)*! Luis contestó con el desprecio glacial y amenazador que merecia semejante baja diciendo: «Cuando supe que las Provincias Unidas hacian diligencias para seducir á mis aliados y formar contra mí alianzas ofensivas, me decidí á ponerme en estado de defensa y puse algunas tropas sobre las armas; pero pienso disponer de mayor número en la próxima primavera, y las emplearé en el tiempo y lugar que me parecerán mas convenientes para el bien de mi reino y para mi fama.» Mas claramente no podia anunciarles la guerra.

Entre tanto tuvo efecto entre Carlos II y los holandeses una competencia tan edificante como la de Suecia. El rey de Inglaterra se mostraba inagotable en inventar pretextos para declarar la guerra, y el gobierno holandés no se cansaba de humillarse de mil maneras para evitarla. Ya exigía Carlos satisfaccion por las medallas que en la guerra anterior se habian acuñado, conmemorando las victorias holandesas, ya pedía que toda la escuadra de guerra holandesa saludara primero á un pequeño yacht inglés, ó bien el derecho exclusivo de pesca en las aguas holandesas, etc. A medida que los holandeses se sometían á todas estas exigencias, mas se descomedia el rey. Para complacerle nombraron capitán general al príncipe de Orange; pero esto no fué obstáculo para que la escuadra inglesa cayese en mayo de 1672 sobre la holandesa de las Indias cargada de tesoros, sin motivo ninguno, de improviso y sin declaracion previa de guerra, bien que con poquísimo éxito. Pocos dias despues de este ataque pirático, declaró la guerra.

El gobierno francés se portó de un modo peor, pues ni siquiera buscó un pretexto para la guerra; sus tropas hacia tiempo que estaban en la frontera prontas á entrar en el país vecino á cualquier momento. La entrada en accion fué facilitada por uno de los tres hermanos Fuerstenberg que eran los partidarios y agentes mas activos de Francia en Alemania. Uno era el ministro omnipotente en la corte de Baviera, el segundo era obispo de Estrasburgo y el tercero canónigo y ministro principal en la corte electoral de Colonia. Este



El gran Condé

último proporcionó la ocasion del conflicto, determinando á su soberano, en guerra con la nobleza, á pedir contra ella el auxilio del rey de Francia, el cual al momento mandó allí un ejército que ocupó la importante plaza fuerte de Neuss donde estableció en seguida almacenes de municiones de toda clase. Hecho esto, declaró Luis XIV en 1.º de abril del año 1672 á los holandeses la guerra y á los pocos dias estaban reunidos 90,000 franceses y 30,000 hombres de tropas aliadas alemanas y mercenarias á orillas del Rin y del Mosa, en el obispado de Lieja que pertenecía al príncipe elector de Colonia, el aliado de la Francia. Mandaban el ejército francés nominalmente á las órdenes del rey, los eminentes generales Condé, Turena y el mariscal de Luxemburgo. A principios de junio estaban ya en manos de los franceses todas las fortalezas del ducado de Cléveris, que pertenecían al elector de Brandeburgo pero que se hallaban ocupadas por los holandeses en garantía de una deuda antigua.

Como es de suponer, los holandeses no estaban preparados, tanto menos cuanto que De Witt, por temor al príncipe de Orange, no habia aumentado el ejército de tierra, á pesar de la situacion política, desde algunos años tan amenazadora. Sabía que el ejército era partidario de aquel joven general; y á pesar de tratarse en aquellos momentos de la existencia misma de la república, y de ser cuestion de vida ó muerte reunir en una sola mano enérgica y capaz la direccion de

toda la fuerza armada, el receloso De Witt á fuerza de trabas dejó reducida á un vano nombre la autoridad de aquel príncipe. De repente quedaron aterrados los hombres del partido dominante al ver que el enemigo estaba en el país, el cual se hallaba completamente indefenso. Hasta la misma naturaleza parecia haberse aliado con el enemigo, porque el verano era caluroso, la sequía grande y los rios detrás de los cuales los holandeses se creian inexpugnables se habian hecho vadeables. La ruina de la Holanda parecia inevitable, y esto era tambien la opinion de Luis XIV, que contaba acabarlo tan seguramente todo en una sola campaña, que tenia ya nombrados los comandantes para todas las plazas fuertes de la república. A esta conquista pensaba que siguiera naturalmente otra, la de la Bélgica ó sean los Países Bajos españoles; tras esta vendría la de toda la orilla izquierda del Rin, y finalmente habria quedado sometida á la Francia directa ó indirectamente toda la Europa. Estas habrian sido las consecuencias del vencimiento y desaparicion de la Holanda y esto en la corte de Paris se sabia muy bien, como lo prueba lo que escribió entonces, Mme. de Sevigné que tan exactamente refleja el temperamento de la corte de Versalles. Dice esta señora en una carta fechada en 13 de junio de 1672: «V. verá cómo el rey sale victorioso, y cómo en adelante no tendrá mas que decir: «quiero este cacho de Europa», para que sin necesidad de que se moleste poniéndose á la cabeza de su ejército, se apresuren los interesados á darle lo que quiera.»

CAPITULO VII

LA PRIMERA GUERRA DE COALICION CONTRA LUIS XIV

En medio del pánico que se habia apoderado de toda la Europa al ver los gigantescos preparativos militares y los brillantes resultados de cuanto emprendía la Francia, se necesitaba mucho valor y era preciso haberlo pensado bien primero, para dar la señal de resistencia contra un enemigo semejante. Este mérito y con él, el de haber librado á todo el continente de la esclavitud francesa pertenece al gran elector de Brandeburgo Federico Guillermo. Él solo en toda la Europa habia ofrecido repetidas veces y finalmente á fines de abril impuesto á la fuerza su alianza á la Holanda en condiciones para él muy desfavorables. Este príncipe de cuyo egoismo tanto se ha hablado, vió claramente que no se trataba de una cosa frívola, sino de un proyecto de monarquía francesa universal, y en su consecuencia tomó su resolucion con una elevacion de miras muy superior al egoismo vulgar. Trató de hacer alianza ofensiva con la Dinamarca y algunos otros potentados importantes del imperio, pero sin resultado. En todas partes se elogiaba la actitud heroica del Estado de Brandeburgo, pero tambien se rechazaba todo compromiso en una accion enérgica ofensiva. Solo en la corte de Viena, allí donde menos se pensaba, encontró su proyecto una acogida algo mas favorable. El gobierno austriaco habia recibido pruebas de que la Francia habia animado y auxiliado secretamente con dinero á los húngaros sublevados, circunstancia que explotó en seguida el partido español, bastante numeroso todavia en aquella corte, para ganar al emperador á sus intereses y acabar con la influencia del ministro Lobkowitz; y como los franceses al ocupar el ducado de Cléveris, es decir, un territorio del imperio, habian faltado al convenio tan vergonzoso, firmado en noviembre de 1671, resultó el Austria libre de todo compromiso. Firmó en su consecuencia en 23 de junio de 1672 un tratado con el elector de Brandeburgo para sostener los tres tratados de paz de Westfalia, de los Pirineos y de Oliva, y no sufrir en el imperio la presencia de tropas extranjeras, á cuyo fin cada una

de las partes contratantes se obligó á aprontar un cuerpo de 12,000 hombres que mandaría en jefe el elector. Este creyó de veras que el Austria se le habia unido estrechamente al fin para salvar la Alemania y la Europa.

Ya era tiempo; como un rio que sale de madre habianse extendido las tropas francesas por los Países Bajos, y en un abrir y cerrar de ojos derrumbóse el poder de la Holanda, tan ensalzado y admirado de todo el mundo. Su ejército desorganizado y debilitado dejóse desalojar del paso inexpugnable del verdadero Rin ó sea el brazo llamado particularmente Leck, cerca del respetable fuerte de Tolhuys que antes habia defendido victoriosamente un puñado de soldados holandeses contra un ejército español. Este es el célebrimo paso del Rin de Luis XIV, cantado por Boileau y por una caterva de innumerables poetastros, celebrado con la acuñacion de medallas, hecho conservado para las generaciones futuras por el arco triunfal de la puerta de San Dionisio en Paris, y ensalzado por los aduladores del rey y de la nacion como hazaña superior á todas las de Julio César, mientras un juez, por cierto competente y perito en la materia, Napoleón I, lo califica en sus memorias de una «operacion de cuarta clase». Añádase á esto que Luis XIV dió en esta como en otras ocasiones una muestra de gran prevision en el cuidado de su propia persona, muestra que le valió las burlas secretas de sus cortesanos y las públicas de sus enemigos en el extranjero.

Pasado el rio, invadió Luis con Turena la provincia de Güeldres, el mariscal de Luxemburgo la de Over-Yssel, y el obispo de Munster la de Groeninga. Los soldados holandeses desanimados entregaron sin resistencia sus fortalezas desmoronadas, como Deventer, Zwolle, Doesburg, Zuetphen, Arnheim, Nimega, Naarden, Utrecht y muchas otras, que en todo el mes de junio quedaron en manos de las tropas francesas. Conviene tambien tener presente que el rey tuvo cuidado de publicar en todo el país un bando feroz, en el cual amenazaba con el saqueo á toda poblacion que resistiera y á su guarnicion con la muerte.

Mientras esto ocurría en tierra firme, el almirante holandés de Ruyter dió en el golfo de Souls una batalla naval á las escuadras inglesa y francesa unidas, quedando victorioso pero sin obtener otra ventaja alguna.

De las siete provincias y territorios anexas solo quedaban libres del enemigo la pequeña Zelanda y la mayor parte de la Holanda propiamente dicha; porque las avanzadas de la caballería francesa llegaban hasta dos leguas de Amsterdam.

De Witt y sus secuaces no vieron otra salvacion sino la humillacion y sumision mas bajas, y enviaron al campamento del rey establecido delante de Duisburg una embajada ofreciéndole la cesion de todos los territorios anexas á las siete provincias, y una indemnizacion de guerra de diez millones. A haberlo aceptado Luis, la Francia habria sido dueño del curso inferior del Mosa y del Escalda occidental y habria tenido completamente cercada la parte española de los Países Bajos. De esto á incorporarse toda la Bélgica no habia mas que un paso, que habria sido una simple cuestion de tiempo, y Francia habria logrado su deseo secular de tener el Rin por frontera. No llegó este caso; el rey de Francia, dando oídos á los consejos del orgulloso Louvois y á las sugerencias de su odio personal, puso condiciones tan duras, que la república libre de los Países Bajos habria quedado reducida á ser un vasallo pequeño, débil é indefenso de la Francia. Entre otras cosas pidió la cesion de las provincias de Nimega y Güeldres meridional, la isla de Bommel, Graves, el condado de Moers, la supresion de todos los derechos de entrada de géneros franceses y la prestacion de homenaje repetida cada año.